

IGNACIO DE LOYOLA Y LA IMAGEN DE PAMPLONA EN 1521, SEGÚN SUS BIÓGRAFOS EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Jesús M. USUNÁRIZ GARAYOA
 jusunariz@unav.es

El 20 (o 23) de mayo de 1521 el guipuzcoano Íñigo de Loyola era herido en Pamplona, cuando tropas francesas atacaron la guarnición castellana y recuperaron la capital del reino arrebatada a los monarcas de la casa de Foix-Albret nueve años antes. En la vida del futuro santo, la herida recibida en Navarra es una referencia ineludible en su proceso de conversión, de inicio de una nueva etapa personal y espiritual que culminaría con la creación de la Compañía de Jesús. Esto dio lugar a que sus biógrafos (me refiero a los que García-Villoslada llamó «biógrafos primitivos») siempre aludieran a un momento que consideraron capital en la trayectoria del fundador. La descripción del asedio, la actitud del gentilhomme guipuzcoano en tales historias de vida, nos sirven también para sacar a la luz una determinada imagen de los acontecimientos de 1521 que, a resulta de los debates contemporáneos, no se ha tenido suficientemente en cuenta.

Si bien desde muy pronto (1547) contamos con algún testimonio manuscrito de esta experiencia, al que luego aludiremos, la gran difusión de la vida del futuro santo y de la creación y expansión de la Compañía se produjo en 1572. En esa fecha, dieciséis años después de la muerte del fundador, el jesuita Pedro de Ribadeneira publicaba en Nápoles la primera biografía, *Vita Ignatii Loiolae*, traducida al español por él mismo y editada en Madrid, por Alonso Gómez en 1583. En ella, tras unas breves líneas sobre su infancia y familia, relataba así los hechos: los franceses habían cercado el castillo de Pamplona. Los capitanes que lo defendían, sin «esperanza de socorro», trataron de rendirse; pero Ignacio se lo estorbó y los convenció para resistir hasta la muerte. Así lo hicieron hasta que una bala de cañón derribó el muro e Ignacio cayó gravemente herido en las dos piernas.

La guarnición se rindió a los franceses. Estos, «sabiendo quién era», llevaron al capitán guipuzcoano a sus reales, y «movidos de compasión» le curaron. Cuando mejoró de sus lesiones permitieron, «con mucha cortesía y liberalidad», que regresara a su casa en una litera.

Hasta el primer tercio del siglo XVII, la descripción de los hechos por Ribadeneira va a ser la referencia necesaria. Ciertamente, algo más enjundioso que el toledano fue el segundo biógrafo del guipuzcoano, el también jesuita Giovanni Pietro Maffei, quien publicaría en Roma *De vita et moribus Ignatii Loiolae qui Societatem Iesu fundavit, libri III* (1585). Pero, para nuestro propósito, la única novedad que incluye es el breve resumen de la situación política que se vivía en ese momento y las aspiraciones legitimistas de Enrique II Albret de recuperar el reino que habían perdido sus padres en 1512. Para ello contaba con el decidido apoyo de Francisco I, a quien el jesuita bergamasco denomina, curiosamente, «Franciscus Galliae Rex, Navarrae Vasconum».

Otra cosa cabría esperar de los biógrafos franceses de san Ignacio, pero no es así, pues siguieron la estela de lo ya publicado. La biografía de Maffei se tradujo muy pronto al francés por Michel Esne (*Les trois livres de la vie du P. Ignace de Loyole quia a fonde la Compagnie de Jesus, Douai, 1594*). Pero también la de Ribadeneira, *La vie du R. Pere Ignace de Loyole, fondateur de la Compagnie de Iesus* (Avignon, Jacques Bramereau, 1599), que, en principio, es una traducción de la versión latina, pero que se complementaba con la de Maffei. El relato vuelve a ser aséptico en lo que a los acontecimientos políticos se refiere y no aporta novedad alguna. En esta misma línea se mantuvieron las biografías publicadas en Francia con motivo de la canonización del guipuzcoano en 1622 como la de

VIDA DEL PADRE IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR DE LA RELIGION de la Compañía de Jesús.

ESCRITA PRIMERAMENTE EN LATIN
 por el padre Pedro de Ribadeneira de la misma Compañía, y
 ahora nuevamente traducida en Romance, y añadida
 por el mismo autor.

Dirigida al Ill^{mo.} y R^{mo.} señor don Gaspar de
 Quiroga, Cardenal, y Arzobispo de Toledo,
 Inquisidor general, &c.



EN MADRID
 Por la viuda de Alonso Gomez,
 Año de 1584.
 Con privilegio de Castilla, y Aragon.

Íñigo de Loyola 1521

Etienne Binet, Pierre Morin o el señor de Auvary, en un momento de auge de la Compañía en Francia después de los difíciles momentos vividos a finales del siglo XVI y tras el asesinato de Enrique IV en 1610.

Los textos de Ribadeneira y Maffei sobre el sitio de Pamplona, fundamento de todos los demás, se basaban en los primeros testimonios manuscritos redactados o dictados por los primeros seguidores del guipuzcoano, en los que recordaban las experiencias contadas por él mismo ante las preguntas de sus discípulos. En 1547 Diego Laínez escribió su *Epístola*, considerada la primera biografía del futuro santo, apoyada en tradiciones orales y recuerdos del

propio fundador de la Compañía. En ella se refiere al inicio de su conversión, en Pamplona, «siendo cercada de franceses», cuando cayó herido y pudo volver a su tierra gracias a los franceses «usando con él cortesía». Los apuntes del adnamantino son las líneas maestras de lo que va a ser una constante en los apuntes biográficos de aquí en adelante.

El propio Ignacio, en su *Autobiografía*, dictada y recogida por su secretario Luis Gonçalves da Câmara, recordaba los sucesos de 1521 sin mencionar la ciudad: «estando en una fortaleza que los franceses combatían» (es decir, Pamplona), y frente a todos los demás defensores que eran del «parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver claramente que no se podían defender», persuadió a todos para aprestarse a la resistencia. Así lo hicieron, pero los franceses hicieron batería contra la fortaleza, él fue herido y, acto seguido, «se rindieron luego a los franceses», quienes le hicieron prisionero, pero lo trataron «cortés y amigablemente» y días después permitieron y facilitaron su regreso a Loyola.

En la misma línea, el padre Jerónimo Nadal en su manuscrito *Ignatio Vita ante Studia 1491-1524*, describía lo mismo. Solo se distinguía porque al hablar de la defensa de la ciudad de Ignacio y de su hermano Martín, refería cómo los gobernantes de la ciudad despreciaron el ofrecimiento de los guipuzcoanos para encabezar la resistencia. Casi inmediatamente, Martín, despechado, decidió marcharse mientras Íñigo, airado, entraba en la fortaleza con unos pocos hombres y se aprestó a resistir, hasta que cayó herido por la artillería.

Es muy posible que estos textos digan poco, pero revelan mucho más de los que a primera vista parece. A diferencia de la historiografía posterior, el sitio de Pam-

DE VITA ET MORIB. IGNATII LOIOLAE, QVI SOCIETATEM IESV FVNDAVIT, LIBRI III.

*Auctore Ioanne Petro Maffeo, presbytero
Societatis eiusdem.*



EX AUCTORITATE SUPERIORUM.

R O M A E,

Apud Franciscum Zannettum.

M.D. LXXXV.

plona de 1521 es contemplado en las obras impresas en castellano, italiano o francés, casi exclusivamente, como un episodio más de la guerra entre Francisco I y Carlos V, en donde los navarros ocupan un lugar secundario (o terciario) y se muestran inclinados, de manera vaga, a apoyar al ejército de Asparros. En estas semblanzas, incluida la llamada *autobiografía* del propio gentil hombre de Azpeitia, los castellanos, con él al frente, se presentan como fieles a su señor, el emperador, resistentes temerarios y osados frente a unas fuerzas francesas que les superaban en número y pertrechos; mientras, de los soldados galos se alaba su honradez y caballerosidad, atentos a cuidar de las heridas de

su enemigo. Es, en definitiva, una versión válida para castellanos y franceses, que no entra en los detalles de la política local, secundaria para dos monarquías con aspiraciones hegemónicas; textos que eluden cualquier referencia que pudiera molestar, según el enfoque que se diera, a cualquiera de los dos monarcas católicos, pues esto podría suponer un daño al proceso de expansión de la Compañía y un obstáculo para el futuro y delicado proceso de canonización del fundador.

Pero, por supuesto, la rivalidad franco-española en Navarra, la conquista del reino navarro y sus circunstancias, la división banderiza, la guerra de las Comunidades en Castilla, la actitud profrancesa de parte de los navarros, entre otros asuntos, no eran hechos desconocidos por nadie, y menos por Ignacio, testigo directo, o por las fuentes jesuíticas. Pero ni convenía, ni era útil ni necesaria su relación en ese momento para sus objetivos inmediatos.

En efecto, el padre Juan Polanco, convertido en Secretario general de la Compañía, escribía el *Sumario de las cosas más notables que a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan (1547-1548)*, que tampoco se publicó, y se ocupaba con detalle de los hechos. Ignacio se halló presente en 1521 «en la guerra de Pamplona». Ante la amenaza francesa, el virrey del reino, duque de Nájera, había dejado la fortaleza a cargo de Francisco de Viamonte. Mas este, creyendo imposible la resistencia «a la fuerza de los franceses, teniendo también sospecha de los mismos de Pamplona», pensó en retirarse, algo a lo que Ignacio no se mostró dispuesto y convenció a los pocos defensores para que resistiesen.

En otro manuscrito del ya citado padre Polanco, dictado entre 1573-1574, y que se titularía *De vita Patris Ignatii*, el *Chronicon*, se apuntaba cómo en 1521 siendo el duque de Nájera virrey («prorex») de Navarra (al que estaba vinculado la familia de Loyola), Enrique de Albret («Henricus de Labrich»), príncipe de Beame, quiso recuperar el reino de sus padres, en manos del emperador Carlos V. Francisco I aprovechó la guerra de las Comunidades en Castilla para reunir un ejército a cuyo frente puso al señor de Asparros («vulgo de Sparrossi dominum»), que contaba con el apoyo de navarros de la facción agramontesa y de algunos de la beamontesa («cui cum factionis agramontesium plurimi occurrissent, et aliqui etiam ex contraria factione beamontesium»).

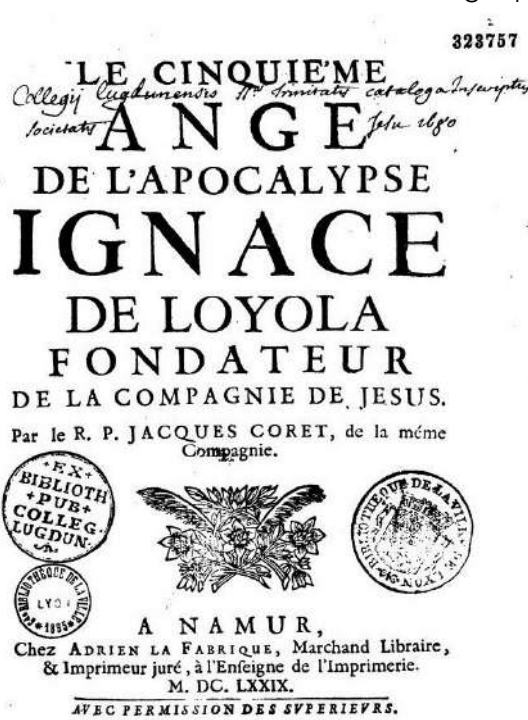
Tras la toma de San Juan de Pie de Puerto por los franceses y ante el avance de sus tropas hacia Pamplona, el duque de Nájera marchó a Castilla para conseguir el apoyo de los gobernadores y recuperar el reino. Francisco de Beaumont quedó al frente de la guarnición que debía resistir al francés en Pamplona, pero como los ciudadanos de la capital se mostraban dispuestos a la rendición («civium animos ad Henricum admittendum propensos magna ex parte intelligeret») Beaumont decidió la retirada, algo a lo que Ignacio se negó y se hizo fuerte con otros soldados en el castillo de Pamplona a los que animó a resistir hasta la muerte. No obstante, se conferenció con los sitiadores, pero sus condiciones para capitular fueron tales que Ignacio y los suyos se negaron a rendir la plaza. Fue entonces cuando los franceses bombardearon el castillo e Ignacio cayó herido en las piernas. Los galos ocuparon la plaza e Ignacio, muy conocido en la ciudad («quia multis notus erat, in urbem eduxerunt») fue atendido por sus enemigos. El texto es muy similar al que se recoge en otra obra del mismo autor, *Vita Ignatii Loiolae et rerum Societatis Jesu Historia. Tomus Primus (1491-1549)*, (Madrid, Excudebat Typographorum Societas, 1894), en donde insiste en la actitud favorable de los navarros hacia Enrique de Albret y sus objetivos («et ipsius Regni Navarrae animi ad id inclinabam»).

Estos datos aportados por Polanco no serán incorporados a las hagiografías ignacianas, tanto castellanas como francesas, hasta el último tercio del siglo XVII. En Francia se publicaron al menos tres. En 1670 Jean Bussières sacaba a la luz *La Vie de S. Ignace de Loyola, fondateur de la Compagnie de Jésus* (Lyon, Antoine Molin, 1670). Aprovechando la guerra civil en Castilla, las Comunidades, Francisco I envió un ejército

comandado por Andrés de Foix, señor de Asparrot (sic) con el objetivo de restablecer los derechos de Juan III («pour rétablir les droits de Jean troisième, roy de Navarre, que Ferdinand avoit chassé»), en su hijo Enrique, cuñado del rey de Francia. Jacques Coret dedicaba varios capítulos de su *Le cinquième ange de l'Apocalypse Ignace de Loyola fondateur de la Compagnie de Jésus* (Namur, 1679) a los primeros años de Ignacio y se detenia después a tratar sobre «la fameuse journée de Pampelone». Coret sigue a Bussières, al insistir en que la campaña de Navarra iniciada por Francisco I tenía como objetivo restablecer a su primo Enrique de Albret en el trono. A la entrada de las tropas francesas la mayoría de las villas se rindieron sin presentar batalla («sans coup ferir»). El ejército de Foix marchó hacia Pamplona y la sitió, «sabiendo la inclinación que tenía la nobleza hacia Enrique de Albret» («sachant l'inclination qu'avoit la noblesse pour Henry d'Albret, vint droit à Pampelona & l'assiegea»). En contraste con el valor de Ignacio, los defensores de la ciudad se asustaron tanto por la calidad de las tropas, como por la actitud de los ciudadanos, «inclinados a ver de nuevo a su antiguo príncipe» («de la volonté des bourgeois portez d'inclination à revoir leur ancien Prince»), y por eso optaron por negociar un acuerdo con los sitiadores, a lo que Loyola se negó.

Finalmente, Dominique Bouhours, autor en 1679 de *La vie de Saint Ignace, fondateur de la Compagnie de Jésus* (Paris, Sebastien Mabre-Cramoisy, 1679) destacó, igualmente, cómo Francisco I aprovechó la crisis de los comuneros para recuperar el reino de Navarra que Fernando el Católico había robado a Juan de Albret («pour regagner ce Royaume dont Ferdinand avoit dépouillé Jean d'Albret») y que Carlos V, tras firmar el tratado de Noyon, había prometido devolver en el plazo de un mes, algo que había incumplido (argumento

repetido una y otra vez por la historiografía francesa desde el siglo XVI). A la vista de las tropas de Asparros, los soldados que defendían Pamplona y sus habitantes quisieron abrir las puertas («Les soldats & les habitans constemez à la veüe de l'ennemi, voulurent luy ouvrir les portes, malgré toutes les remonstrances d'ignace»). Ante esto, el guipuzcoano, para vengarse de aquellos que les daban la espalda y para salvar su honor («pour se venger d'eux & pour sauver son honneur»), se refugió en el castillo y rehusó cualquier concierto. De esta forma, los franceses lanzaron su artillería hasta que Ignacio fue herido y los navarros se rindieron.



Íñigo de Loyola 1521



*Militiam sequutus Ignatius, ictu muralis
globi crure perfracto à defensione arcis
Pampelonæ semianimis excutitur vt seculari
militia relicta, ad diuinam se transferat.* 2

Grabado del sitio de Pamplona de 1521, incluida en la obra *Vita beati P. Ignatii Lojolae Societatis Iesu Fundatoris, Romae, s.n., 1622* [BNE, ER/1503 ilustraciones]

defensores se rindieron. Para Ortiz, y en esto difiere de los biógrafos galos, la disposición pronta de los pamploneses a rendir la plaza (lo que otras fuentes llaman «vientos contrarios a su defensa») no fue, la adhesión a los Albret, sino miedo.

Por tanto, en las biografías de Ignacio contamos con dos formas de aproximarse a los hechos de Pamplona de 1521. La que nace de los textos de Laínez, de la *Autobiografía*, y de Nadal, base de las biografías publicadas de Ribadeneira y Maffei, que mantienen el equilibrio entre las dos potencias enfrentadas ante la capital navarra, que eluden o minimizan las referencias a las rivalidades locales o a los derechos de unos y otros; y las hagiografías, ya a finales del XVII, especialmente francesas, que siguen los testimonios recogidos, entre otros, por Polanco, y que prestan una mayor atención a la razones de la intervención francesa (recuperar el trono para la dinastía Foix-Albret), y a la inclinación de parte de los navarros, por fidelidad, a las fuerzas comandadas por Asparrós en aquella primavera de 1521. Más difícil es explicar las razones de ambas perspectivas: la primera, más en consonancia con un momento de inicio y de expansión de la Compañía, necesitada de apoyos y de evitar polémicas; la segunda, con una Compañía ya muy asentada y con especial presencia y desarrollo en la Francia de Luis XIV. **PRE**

El autor forma parte de Departamento de Historia, Historia del Arte y Geografía. GRISO, Universidad de Navarra.

Podría sospecharse que tras estas biografías francesas estaba el interés político por resaltar la inclinación de los navarros hacia Francia a través de la figura de Enrique de Albret y justificar de este modo el asedio de Pamplona y el apoyo de Francisco I. De hecho, según otra biografía en castellano publicada también en 1679, la del jesuita sevillano Lorenzo Ortiz, en su *Origen y instituto de la Compañía de Jesús en la vida de san Ignacio de Loyola, su padre y fundador* (1679), las tropas enviadas a Pamplona pretendían «poner en la posesión del reino de Navarra a don Enrico de la Brit, cuñado del rey Francisco e hijo de don Juan el Tercero, rey de Navarra, a quien con las armas había desposeído don Fernando, rey de Castilla y de Aragón». Los franceses tenían la fortuna de su lado, «se apoderaron de todos los pueblos que había desde la raya de Francia hasta la ciudad de Pamplona». Los ciudadanos, cercada la capital, «por no hacer mayor el daño con la resistencia» trataron de entregarse al enemigo. Ante aquella actitud Ignacio procuró convencerlos para que resistieran. Más «ya el miedo había cerrado el oído a la esperanza, y todas para con ellos eran palabras perdidas». Sin más, Ignacio, «viendo pues que se negaban a todo lo que no era entregarse», dejándolos en poder de sí mismos», se retiró con los suyos al castillo, hasta que fue herido y los



Miguel Cabrera, San Ignacio de Loyola herido en la batalla de Pamplona. Museo Nacional del Virreinato en México (detalle).